

un lado para otro, á la manera que los rebaños de camellos ó las manadas de vacas, árabes imaginativos y silenciosos, en cuyos cánticos uniformes se guardaba mucha poesía de la naturaleza, y en cuyos ojos profundísimos muchos relámpagos de la inteligencia. Tales tribus, diseminadas en todas direcciones, y alguna que otra vez invenidas por Moisés en sus pastoreos, lograban con cuatro palabras que la mutua hospitalidad oriental cambiase gérmenes de fecundísimos pensamientos. El Océano de arena resultaba un mediador natural entre las tierras del Egipto y los arios persas, que bajaban de las desembocaduras de los ríos caldeos á los deltas del Nilo misterioso. Y estos arios, si bien usan una religión dualista, en la cual se deificaba el combate perpetuo á que de consuno los movía su actividad y su temperamento, combate contradictorio con la paz del desierto, también adoraban el principio único del alma luz, en cuyo principio iba contenida la unidad divina como el vapor en las aguas.

Por mucho que los hebreos se ahuyentaran de Caldea, siempre les debía quedar un recuerdo de aquellos astros, cuyos centelleos se habían reflejado en la retina de sus padres, cual de aquellos astrólogos, cuyas revelaciones les habían comunicado secretos del cielo. Por mucho que quisiesen pre-

servarse de los árabes, de los persas, el sabeismo materialista, religión de la luz, natural á éstos, y el sabeismo mucho más espiritualista y metafísico de los iranos, debían penetrar por los intersticios de su cerrado cerebro á las intimidades profundas del alma y esclarecerlas para que pudiesen buscar con solícito afán la idea de su Dios. Por mucho que aborreciesen á los egipcios, habían visto la práctica de sus poderes y trazaban copias de todas ellas en el pensamiento; habían contemplado la organización de su alto sacerdocio, sin el cual no iban á ninguna parte los pueblos orientales; habían estudiado aquel cuerpo de leyes que aplicaban una moral ya más madura de suyo á pueblos exaltadamente apasionados; habían seguido las tortuosidades increíbles de una política que mantenía en obediencia servil á pueblos más ó menos inobedientes; habían participado de aquellas creencias que se respiraban en el aire como de aquellas costumbres que compenetraban á todos. Abraham había las orillas del Nilo habitado, Sara en la cama nupcial de los egipcios yacido, José de la gobernación universal dispuesto, Jacob en los ataúdes hieráticos momificándose, y Moisés mismo con su hermana criándose bajo las alas de su madre, pero en los jardines y en los salones de aquellos palacios donde las esfinges de oscuro pórvido y los conos de grani-

to rosa, todos llenos de jeroglíficos, exhalaban múltiples y comunicativas ideas.

¿Comprendéis ahora todo el vasto plan de Moisés? ¿Veis claro que le asaltó la idea de constituir un pueblo? ¿Y adivináis cómo para constituir un pueblo apeló á todo cuanto había encontrado en torno suyo? Primeramente no había pueblo que pudiese constituirse á su sabor bajo extraña dominación. Pues pensó en sacarlo de la servidumbre. Mas no bastaba con sacarlo de la servidumbre; se requería una tierra para él. Esta tierra le parecía como el cuerpo de aquel alma con que soñaba en sus noches y con que pasaba sus días. Sin tierra fija no había posibilidad alguna de fijar aquel pueblo y preservarlo á su existencia nómada. Y mientras la vida fuese nómada, la idea carecería de la concreción indispensable á todos los dogmas fecundos. Así pensó en señalar á su pueblo, como abundosa en leche y miel, tierra tan desolada cual esa Palestina pedregosa, bien distante de la fecundidad y de la hermosura egipcias. Ya Abraham, al salir de Caldea, la recorrió en todas direcciones; él pensaba conquistarla y retenerla para siempre. Y con una tierra para el pueblo había menester un gobierno. Sin este gobierno, los israelitas asemejaríanse á golondrinas voladoras, que se van por extrañas tierras, y no á las abejas, que permanecen

juntas en sus pródidas colmenas. Como él había salido del seno de las muchedumbres, no podía llamarse monarca, por lo cual pensó en una dirección suprema, no menos previsora que la dirección monárquica, pero mucho más modesta y humilde. Un sacerdocio le faltaba. No podía él ejercerlo, por los múltiples cuidados del gobierno; pero lo confiaba, con previsora solicitud, á un su pariente, al hermano suyo Aarón. Tras esto exigíase como complemento un cuerpo de leyes que regulase desde la religión hasta la higiene. Los pueblos primitivos que necesitan constituirse, después de haber pasado la vida nómada, en una organización más ó menos civil, no pueden á su propia espontaneidad entregarse sin grave peligro de perderse, y han menester de que una legislación más ó menos fija lo determine todo y en todo los guíe y los regule. Por consecuencia, la legislación de Moisés contendrá desde la regularización del gobierno hasta la regularización del hogar, y desde disposiciones litúrgicas encaminadas á la mejor práctica del culto hasta disposiciones medicinales encaminadas á conservar la salud y la robustez de los cuerpos. Tenía cuarenta ó más años de vida cuando salió de Egipto, con su inteligencia henchida de todas las ideas que destilaban aquellos templos y aquellos palacios. Otros cuarenta años pasó en sistematizar estas

ideas, gracias á la soledad del desierto y al ocio del pastoreo. Cuando emprendió la emancipación de su pueblo ya tenía ochenta años y le ayudaba con la madurez del juicio su adquirida experiencia.

Todas sus revelaciones relacionanse con la luz y con los destellos de la luz. Veamos el capítulo tercero de su historia, donde se fija por completo su vocación. Mis lectores perdonarán si caigo en las repeticiones bíblicas, pues de otra suerte no conservaría el relato su propia y natural originalidad. «Apacentaba Moisés las ovejas de Jetró detrás del desierto, y fuese al Horeb, monte altísimo. Y allí apareciósele un ángel ó emisario de Dios en una llama que consumía un zarzal. Dirigióse Moisés al fuego y notó que ardía el zarzal, pero no se quemaba. Misteriosa voz llamólo por su nombre, y él, á esta sublime voz, respondió con la palabra siguiente: «Aquí estoy.» Y la voz le dijo: «No te lleges aquí sin descalzarte tus sandalias, porque te hallas en tierra sacratísima.» Descalzóse Moisés, y después de haberse descalzado, apretó sus brazos contra el pecho y bajó la cabeza con reverencia. Mientras tanto la voz decía: «He aquí el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob.» Y cubrióse Moisés el rostro con las manos, temeroso de quedar ciego si miraba frente á frente á su Dios. Y díjole Jehovah: «Bien he visto las

»aficciones de mi pueblo y he oído su clamor. Sé  
»cómo lo maltratan y empobrecen sus exactores.  
»Pues tengo muy sabidas sus terribles angustias.  
»Y he descendido para librarlos de manos de los  
»egipcios y extraerlos de aquellas tierras á una tierra  
»buena y ancha que fluye leche y mieles. Así como  
»he oído el clamor de los hijos de Israel, también he  
»visto la opresión con que los oprimen los egipcios.  
»Ve, por tanto, ahora, y dile á Faraón que saque del  
»Egipto mi pueblo.» Moisés preguntó quién era él para tal empresa. Y la voz misteriosa le dijo que tendría consigo su Dios, y que luégo de libre su pueblo serviríale ofrendas y holocaustos sobre aquel monte mismo. Y Moisés, aterrado por el encargo que Dios le confiara, preguntó á la misteriosa voz cómo había de responder en el caso de preguntarle á una los suyos por el nombre de su Dios. Y entonces Dios le dijo: «yo soy el que soy.  
»Y los hijos de Israel sabrán que aquel que es sobre  
»todo sér ha expedido su enviado á ellos.» Y dijo más: «Su nombre será para siempre y para siempre  
»su memoria. Precisa, pues, juntar los ancianos de  
»Israel y decirles cómo Dios está resuelto á visitarlos y extraerlos del cautiverio egipcio, conduciéndolos á una tierra que fluye leche y miel.» Para salir del Egipto dictaba Dios á Moisés las siguientes disposiciones: primera, ir al monarca y comu-

nicarle cómo el Dios de los hebreos había exigido á éstos un sacrificio y necesitaban marchar tres días por el desierto en busca del sitio destinado á tan religioso acto. Pero como el rey querrá someter á los egipcios por fuerza, impidiéndoles el éxodo ó salida, Jehovah extenderá su mano con imperio y herirá al egipcio con justificación, obrando todas sus maravillas. Y, á fin de que no salieran de aquella tierra vacíos, como no habían salido vacíos ni Abraham ni Jacob, díjoles que mandara cada cual á sus respectivos huéspedes ó á las familias vecinas vasos de plata, vasos de oro y vestidos, los cuales pondrían sobre sus hijos y sobre sus hijas, despojando así al Egipto.»

No puede, no, decirse lo que valen y significan estos montes como el Sinaí, ó como el Horeb, donde Moisés alcanzó á entrever sus maravillosas ideas. Una montaña, circuída por las arideces del desierto, seduce á los nómadas con atractivos y halagos de que apenas podemos allegar idea ninguna en las zonas nuestras, blandas y templadísimas. Contempladas entre aquellos torrentes de luz que sus picos recogen y reverberan, parécense á condensaciones del éter, á cristalización del cielo, á columnas transparentes ó prismas multicolores, á conos, pirámides, intercolumnios de pedrería tan fantásticamente bellos como esas nubes de mil matices dibu-

jadas por los rayos últimos del sol en los ocasos de nuestros estíos meridionales. El Sinaí, compuesto de rocas calcáreas y graníticas, donde los pórfidos y los cuarzos rompen la luz diurna, convirtiendo todas aquellas cimas desnudas en purpúreas masas de tonos metálicos, sólo comparables á edificios titánicos de brillantes porcelanas, el Sinaí, cuando se abre, allá en sus faldas y bajos, por estrías y surcos gigantescos, donde los valles se tienden y se anidan los oasis, destila manantiales clarísimos de un frescor y de una dulcedumbre cuyos deleites puede apreciar tan sólo quien haya pasado un día allá en el desierto; y además de estos manantiales fluye de sus tamarindos, de sus acacias, de sus palmas, de sus arbustos olorosos, mieles y gomas, las cuales pueden alimentar á gentes de suyo sobrias, como las que sólo necesitan para su nutrición de la luz y de los frutos que la luz cría y azucara con sus vivificantes ardores. Quien, después de haber atravesado las aguas hirvientes del mar Rojo y haber recorrido los desiertos desolados y llenos por el rescoldo de arenas encendidas, súbito se halla frente á una montaña como esta, coronada con los picos multicolores y semejante á una diadema esmaltada por artístico modo que Dios hubiera puesto en sus sienes, y vestida en sus bases de tantos, y tan varios, y tan ricos arbustos, bien puede asegurarse que no sólo

había de creer milagrosa la fuente clara, la miel áurea, el aroma prestado á tantas flores, sino también los torrentes de ideas en las cuales el espíritu se abreva con voluptuosidad y sacia y apaga su inextinguible sed mística de lo infinito y de lo eterno. Desde las cimas del Sinaí se descubre, tanto el desierto que ciñe sus piés, como el mar que brilla y centellea, cual si fuera un cielo caído sobre la tierra. Y quien asciende allá con esfuerzo, en alas de su deseo, á lo alto, y luégo descubre aquellos tres inmensos espacios que se llaman el cielo, el mar y el arenal interminable, ha de sentir por fuerza y por necesidad, en tal extensión, Dios de un modo al par visible y palpable, como si se revelara allí en esencia, cual allí parece haberse condensado y héchose como sólido el cielo azul y etéreo. Recorred aquellos lugares sintiendo dentro de vosotros mismos el llamamiento de sobrenatural vocación; con el gemido que lanza un pueblo en las orejas abiertas á todos los rumores; con las lágrimas de cien generaciones en los ojos; con la sangre de mártires innumerables refluendo en el corazón dolorido; con un poema de cíclicas esperanzas inspirado por una fe de fuerza incontrastable; después de haber nacido en los hierros, así como criádose junto á los reyes y visto pasar en tropeles maravillosos las ideas exhaladas por los dioses en sus templos y ho-

jeado los hieráticos libros de misteriosas teogonías; subid con esta grande carga de aspiraciones, y decidme si las piedras que rueden lanzadas á los abismos por vuestro penosísimo ascenso, y las nubes que atraveséis por las laderas enormes hasta llegar á las cumbres más altas y sublimes, donde podréis descubrir dos infinitos materiales, no han de pareceros, como le parecieron á Moisés, un altar encendido, en cuyas ardientes llamas el alma se derrite como el incienso en el incensario, y un templo sublime, colosal, titánico, del Eterno.

Moisés, que había nacido, según todas las probabilidades, bajo el imperio de un Faraón muy longevo, no pudo volver á Egipto mientras tal Faraón reinó. Pero, muerto éste, y sucediéndole su heredero é hijo, resolvió ir á Egipto y libertar á su pueblo, poniendo en práctica las sugerencias de su propia conciencia recibidas y las múltiples enseñanzas que aprendiera, ya en la inmensidad sublime del desierto, ya en las inaccesibles cimas del Sinaí. En cuanto quiso poner el gran revelador por obra su pensamiento, encontróse con una insuperable dificultad, encontróse con que no tenía palabra. El que no domeña los pueblos con la espada tiene que domeñarlos con la idea. Y la idea no se revela en forma ninguna tan propia é íntimamente como en el verbo que atrae las almas, las rinde y avasalla.

Tardo en el habla, torpe de lengua, balbuciente, Moisés veía que para el profetismo y su ministerio le faltaba la elocuencia inextinguible con que Dios había dotado á muchos de sus reveladores y de sus profetas. Para ocurrir á esta necesidad, Moisés tuvo que apelar á su hermano Aarón y constituirle con verdadera solicitud en la dignidad del sacerdocio, á fin de que fuere como su boca y recibiera, repitiéndola de continuo, la palabra del Señor. Despidióse Moisés de Jetró, pidiéndole permiso para volver á Egipto é indagar si aun vivían sus hermanos. Despidió á Moisés Jetró en paz. Verdaderamente después de ocho lustros habían muerto en Egipto á una todos aquellos que procuraron en otros días la muerte de Moisés. Y entonces Moisés tomó su mujer y sus hijos, y, poniéndolos sobre asnos, condújolos al Egipto. Y en el camino salióle á recibir Aarón. Y contóle Moisés cómo había oído palabras misteriosas en las vibraciones del huracán y del trueno, cómo había visto arder las zarzas sin consumirse y saltar las cimas del Horeb y del Sinaí sin desgajarse. Aquellas ráfagas de viento vivificador, aquellos rayos de luz increada, los relámpagos de las altas cimas y los terremotos de las profundas raíces en el monte habíanle por tal manera conmovido, que sintió vocaciones incontrastables y tuvo que asociar á ellas, según mandatos, los cuales

creía divinos, la palabra de Aarón ya consagrado en el ministerio de un sacerdocio congruente con los fines y con los deberes que debía cumplir dentro de aquella obra gigantesca. La Biblia no dice nada, pero nosotros debemos deducir de su silencio algo en lo referente al especialísimo ministerio que debía recibir del cielo cada uno de los individuos pertenecientes á la familia de Moisés. Si el suegro Jetró, intransigente madianita, le sirvió con su carácter y con su complexión irreconciliables para comprender la idea pura del Dios de Abraham, eclipsada por el contacto con los ídolos egipcios; si la propia madre le sirvió de nodriza para que no hubiera mezcla de sangre alguna en las venas de este nieto providencial de Jacob; si el hermano por su palabra y por su elocuencia le sirvió para el sacerdocio, María la inspirada, María la cantora, María la poetisa, debía servirle para llevar las ideas hasta los mayores y más hondos abismos del alma por medio de las artes. El semita, que había tenido por escuela y por revelador el desierto, donde la vida parece tener una forma tan sólo, estaba en el caso de rechazar las artes plásticas, tan florecientes á la sazón en Egipto, las pinturas y las estatuas que viera en los palacios y en los templos, mas no estaba en el caso, no, de olvidar qué imperio ejerce, misterioso y fuerte, sobre las almas de los nómadas,

esa música monótona y esa poesía sublime que parecen como la voz divina, y creadora, y santa resonando en el desierto. Así la obra estaba completa. Él, Moisés, guía del pueblo; Aarón sacerdote; María cantora y poetisa. Bajo esta gran trilogía se cumple aquel poema de libertad y de religión que se llama el Éxodo de Egipto.

La empresa de fundar un pueblo, arrancándolo del seno de otro, con quien se había confundido, necesitaba, no solamente las esenciales cualidades propias de Moisés, sino también el arte y la ciencia de sus cooperadores excelsos. Mucho le serviría el fluído Aarón para en lengua divina explicar las promesas de Dios; pero no menos su hermana para decidir la parte más sedentaria de toda sociedad, las mujeres, á desarraigarse de aquel suelo, donde ya estaban arraigados sus hogares con sus familias, é irse por las arenas encendidas de un desierto abrasado á tierra de suyo ingrata y estéril, bien diversa del Paraíso terrenal, que por doquier tendían las aguas del Nilo con sus fluores y sus acarreos. Solamente una mujer inspirada, como la poetisa María, de nativo estro, de voz suave, auxiliada por ese arte de la música, tan poderoso así sobre las naturalezas como sobre las sociedades primitivas, lograría mover el corazón de las mujeres hebreas para resolverlas á tomar sobre sí los respectivos ajuares y

lanzarse de nuevo á la vida errante y nómada que habían llevado siglos y siglos sus padres, desde las tierras de Caldea hasta la tierra de Canaán, y desde la tierra de Canaán hasta la tierra de Gessén, bogando sobre asnos, avestruces, camellos, dromedarios y girafas, cuando no á pie, en los arenales del desierto. María, industriada por su interior vocación, que la llevaba con facilidad á los altos intentos, y por su continuo trato con aquellos que habían esclarecido é ilustrado la mente de su hermano, concebiría las ventajas asequibles por un pueblo emancipado y dueño de sí mismo sobre un pueblo constreñido á prestar su propio trabajo á los ajenos, siquier debiese trocar para el florecimiento y fructificación de sus libertades una tierra feraz por una tierra desabrida é ingrata. Mas los llamados á moverse ni siquiera sabían de qué tierra se trataba. Una tradición muy confusa les hablaba de aquel sitio lejano, henchido á la sazón de gentes extrañas y á cuya entrada en las cavernas de la secular Hebrón dormían el sueño eterno sus grandes patriarcas Abraham y Jacob. Decíanle que olían los terrones de aquel suelo á mirra é incienso, que las cortezas de sus tamarindos destilaban gomas bien olientes, que la miel corría como en otras partes el agua, que blanco pan daban sus surcos y luminosísimo aceite sus árboles, arrulla-

da por los melodiosísimos coros de blancas palomas y de oscuras golondrinas. En las continuas penas de nuestra pobre vida; en el dolor anejo á todo sér humano; en las tristezas, de toda realidad inseparables; en las desgracias con que tropezamos de continuo, cualquier promesa de mejora que viene á nuestros oídos y cualquier esperanza que se alza en nuestros horizontes nos alegra y nos encanta como si la tocáramos ya con nuestra mano entre los enjambres de ilusiones que acompañan por todas partes al humano deseo. Las mujeres israelitas debían creer, como si estuvieran ya en ella, cierta, muy cierta la tierra prometida, tal como su vocación se la describiera de continuo á Moisés y Moisés la pintara en sus continuos coloquios á los ojos de su hermana María. Pero dejar la tierra donde habían echado ya raíces, levantar los hogares consagrados por la familia, emprender larga peregrinación, desafiar las inclemencias del desierto, huir aquellas riberas fecundísimas, requerir un suelo apartado, pasar las angustias connaturales á tantos esfuerzos, debían retraerlas y confirmarlas con quedarse allí hasta en el trabajo forzoso y so el cruel látigo de los Faraones. Moisés comprendía, en su vasta inteligencia, no solamente las dificultades que había de hallar el necesario logro de su empresa en la tiranía faraónica, sino en el apego de los

israelitas á su casa y su tierra. Por eso apeló á persuadirlos, primero con las palabras del elocuente Aarón, tan oídas cuanto ardorosas é inspiradas por todos los pueblos orientales, y después con el cántico y el arte de María, tan poderoso y eficaz de suyo sobre todas las almas, y con especialidad sobre las almas exaltadas por el sol y por el espíritu de Oriente. Aquella cooperación que María prestó á la obra de Moisés á cada línea de la Biblia se descubre con sólo considerar cómo necesitó el gran legislador valerse de todas las ciencias aprendidas en su comercio intelectual con los magos y agrandadas con sus meditaciones reflexivas por el desierto para de un mismo golpe aterrar á los Faraones y mover á los hebreos.

Ochenta años contaba Moisés cuando se presentó á Faraón, y ochenta y dos contaba su hermano. Pidióle á una que dejara libres los hebreos de honrar á su Dios en el desierto, y el rey no quiso escucharlos. Esta demanda suya muestra con demostración irrefragable que todo el viejo culto prestado por los patriarcas al Dios de Abraham se había disminuído mucho en el pueblo, necesitado de una larga peregrinación y de una grande soledad para sentir en el seno sus viejas y divinas vocaciones. Una y otra vez insistió Moisés en lograr de Faraón un permiso de salida; pero una y otra vez Fa-